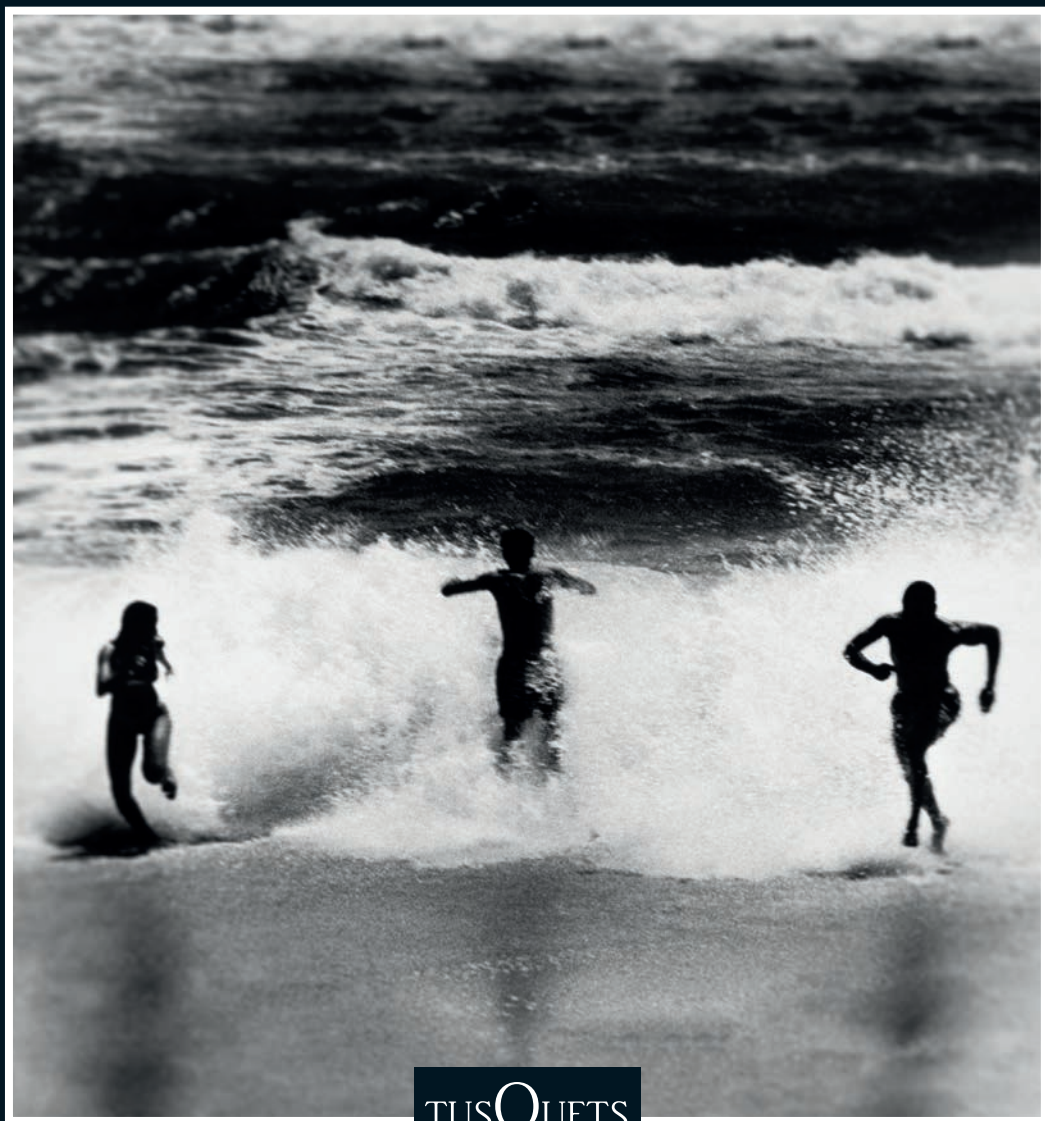


Eduardo Mendicutti

MALANDAR

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

EDUARDO MENDICUTTI
MALANDAR

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición:

© Eduardo Mendicutti, 2018

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-509-1
Depósito legal: B. 2.332-2018
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Primera parte: Viaje de ida

Pureza	15
Las prohibiciones	18
Los cazadores de trenes	31
Prismáticos	40
Clases particulares	48
Alguien quiso rescatarnos	59
Pecados	70
El hombre de las camisas modernas	77
Completo	98
Las calenturas de Elena	104
Entrenamiento	111
Eso que salí ganando	117
La nieve	127

Segunda parte: Viajes de ida y vuelta

Kiwis	133
La bruma	136
Pirko en cuerpo y alma	144
Toro, torero y viceversa	153
El poniente	166
Te llamarás Demetrio	174
La ruta Lobón	183

El cercado	195
Cítricos Morató	204
<i>Bodyshopping</i>	216
El ministro de Defensa se parecía a mi padre	246
Temporada	254
La marea	263
Fruta bendecida	275
Tercera parte: Viaje de vuelta	
Después del incendio	281

Que tuviera cuidado con las mujeres malas, con los hombres fulleros y con las comidas cochambrosas. Eso me repitió mi madre cuando ya estaba a punto de llegar el tren en el que me iba a la capital, a comerme el mundo.

Nunca había viajado en tren la noche entera. Mis padres me acompañaron a la estación y mi madre estuvo todo el tiempo lagrimeando, como las artistas de cine, y suplicándome que tuviese cuidado con las mujeres malas, los hombres fulleros y las comidas cochambrosas, aunque a veces las mujeres eran cochambrosas, los hombres malos y las comidas fulleras. Menos mal que no vio a los que iban en el departamento del vagón de segunda en el que tenía mi asiento: tres gachís minifalderas y teñidas de rubio platino que iban a Madrid a ser artistas, y dos legionarios, uno de ellos mulato, despechugados y con las braguetas como melones de lo estrecho que les quedaba el pantalón. Como el tren venía de Cádiz y pasaba por Jerez a las diez y cuarto, las gachís y los legionarios ya estaban cenando unos bocadillos de arenque que a mi madre le habrían revuelto el estómago. Cuando entré, los cinco se me quedaron mirando como si vieran de pronto al Niño Jesús, y el legionario mulato se pasó la lengua por los labios con mucho recochineo, sin quitarme la vista de encima. Yo dije:

—Que aproveche —y me refería al bocadillo, claro.

Él me preguntó que si gustaba y yo le dije que muchas gracias, que había cenado antes de salir de casa. La verdad es que había comido poquísimo de lo nervioso que estaba, y con los nervios y las prisas casi se me olvida meter en la maleta aquella foto en la que estábamos Elena, Toni y yo en las dunas de Malandar. Se lo había prometido a Elena y Toni para no olvidarme de ellos mientras estuviera comiéndome el mundo en la capital y hasta en el extranjero, si se encartaba, que se encartaría.

Al cabo de un rato, el legionario mulato, que no paraba de mirarme mientras se pasaba la lengua por los labios, me explicó que su compañero y él acababan de llegar del moro con una semana de permiso, y que en la capital pensaban ayudar a las gachís minifalderas a triunfar en el artisteo o en lo que fuese. Me preguntó si yo también era artista. Le conté que en Madrid me esperaban unos tíos míos y que iba a estudiar periodismo, y que me habían declarado inútil total para la mili por culpa de la miopía. Él me pidió que me quitara las gafas y me dijo que tenía unos ojos preciosos, verdes, de gato. Todos estuvieron de acuerdo. Elena también me lo decía algunas veces.

Nada más terminar ellos de cenar, pasó el revisor a comprobar los billetes, y enseguida las gachís empezaron a ponerse cómodas para dormir. El mulato le pidió entonces a la gachí que se sentaba a mi lado que le cambiara el sitio, y no tardó ni un minuto en apagar la luz del departamento. Le faltó tiempo para ponerse a manosearme por todas partes.

—Venga —dijo—, vamos a quitarnos todo, que aquí hace un calor del carajo.

El otro legionario y las tres gachís se echaron a reír, y todos empezaron a desnudarse en medio de la oscuridad. Yo me quedé en pelota picada en un periquete. Y la verdad

es que me lo pasé de miedo, aunque llegó el momento en que no sabía de quién eran los brazos, las manos, las piernas, los labios, las lenguas y todo lo demás. Solo sabía que una cosa era, seguro, del mulato. Con el tiempo me enteré de que esos desparrames se llaman orgías. Están bien.

Por fin la orgía se tranquilizó y me quedé estroncado en un santiamén, tan campante, como un angelito. Ni siquiera me importó que la boca me supiera mucho a arenque.

Pero de pronto, en medio de la noche, me desperté sin saber por qué. El tren estaba parado. Había una luz rara que llegaba de fuera. Me puse las gafas, me vestí, me levanté y salí al pasillo. Allí, medio vestida, estaba una de las gachís, la más jovencita, y entonces me di cuenta de que seguramente era más chica que yo. Miraba por la ventanilla, extasiada. Yo también me quedé boquiabierto. Todo el paisaje era blanco y la luna llena hacía que brillase como una inmensa duna de plata. Sin decir nada, la muchacha me pasó el brazo por la cintura y apoyó la cabeza en mi hombro, como hacía mi hermana Berta cuando se emocionaba y se sentía en la gloria. Yo no le pregunté ni ella me preguntó dónde estábamos. El mundo entero parecía recién nacido. Aquello sí que me dejó turulato. Aquello sí que me impresionó para el resto de mi vida.

Aquella fue la primera vez que vi la nieve.

Las prohibiciones

Cuando el padre de Elena nos dijo que, el jueves por la tarde, iba a llevarnos de excursión a las dunas de Malandar, enseguida le preguntamos si Toni podía venir con nosotros. Eulogio Ríos, el padre de Elena, nos contestó que por supuesto, pero entonces nosotros le pedimos que fuera él quien hablara con doña Ángela, la madre de Toni, para que le diera permiso.

Toni tampoco tenía colegio los jueves por la tarde, y eso que él no iba a las Carmelitas de la calle Calvo Sotelo, sino a la Pescadería, un colegio que estaba cerca del puerto y al que iban, sobre todo, los niños del barrio de los pescadores. Toni no vivía en el barrio de los pescadores, sino muy cerca de las Carmelitas y de donde vivíamos Elena y yo, así que a mí me parecía muy raro que su madre lo hubiera puesto en otro colegio al que tardaba en llegar andando por lo menos media hora. Una vez se lo dije a mi madre y ella me explicó que cada madre llevaba a sus hijos al colegio que podía permitirse.

Elena y yo conocimos a Toni la primera vez que fuimos al Almacén de Ultramarinos Manuel Gurrea a comprar regaliz y chicles Bazoka. Nosotros estábamos desde párvulos en las Carmelitas, siempre en el mismo curso, pero yo en la clase de los niños y ella en la de las niñas, claro. Hasta pre-

paratorio, Antonia, la niñera de mi casa, o Rocío, la niñera de casa de Elena, o a veces las dos, nos llevaban al colegio por la mañana y nos recogían a mediodía, y nos volvían a llevar a las tres de la tarde —un contradiós, según mi madre, a esa hora todo el mundo debería estar durmiendo la siesta— y nos recogían a las seis. En preparatorio, como ya teníamos nueve años, ya nos dejaban ir y volver del colegio solos y, un lunes por la tarde, a la salida, nos metimos en el almacén a gastarnos el duro que a Elena y a mí nos daban de paga semanal cada domingo. Allí estaba Toni, detrás del mostrador, sentado en una silla con las patas más altas de lo corriente, haciendo los deberes del colegio.

Toni era el nieto único de Manuel Gurrea, y el hijo único de doña Ángela Gurrea, así que algún día él sería el dueño del almacén de ultramarinos, un negocio que, según mi madre, bien llevado podía dejar un dineral. La primera vez que le escuché eso a mi madre le entendí, aunque no lo dijese, que doña Ángela llevaba el negocio fatal. La explicación podía estar en los disgustos de mucho calibre que la pobre mujer se había llevado en la vida. Eso me lo contó Antonia cuando yo le dije que doña Ángela, la del almacén, tenía siempre muy mala cara, como si estuviera amargada de la vida, y que a lo mejor por eso no llevaba muy bien el negocio. Antonia me dijo que a ver de dónde había sacado yo que doña Ángela llevase mal su negocio, pero que, de todos modos, motivos no le faltaban para no poder centrarse mucho en lo que tenía que centrarse. Su padre, que enviudó pronto, la había obligado a trabajar en el almacén desde muy chica y, cuando pensó que por fin podía librarse de aquella esclavitud, porque se casó con veinte años con un muchacho que era un hacha cortando el pelo y afeitando en una barbería de postín, todos sus planes e ilusiones —Antonia hablaba a veces como en los seriales

de la radio— se fueron a pique porque la barbería cerró de pronto sin que los dueños le dieran a nadie muchas explicaciones. Entonces, Manuel Gurrea obligó también a su yerno a trabajar en el almacén para poder él dedicarse a cultivar sus caprichos. A lo mejor por eso el yerno terminó escapándose a Madrid, un verano, con una lagarta que tenía en la capital un negocio de costura y que había pasado unos días de asueto en La Algaida. Yo no sabía lo que era «asueto» y Antonia me aseguró que en los seriales decían muchas veces «asueto» en vez de decir vacaciones. Eso sí, antes de dejar a doña Ángela plantada y amargada para el resto de sus días, le había hecho un hijo que les había salido guapísimo, es justo reconocer la verdad sin racanerías.

Todo el mundo decía que Toni era un niño muy guapo. A lo mejor por eso, o porque nunca viene mal estar a buenas con la dueña de un almacén de ultramarinos por fatal que lo llevase, y que nos caía tan cerca, mi madre empezó a dejar que Toni fuese algunas veces a hacer los deberes a casa o saliera con nosotros al parque de La Victoria o al pinar de Jaramar o a la playa de El Espadero. Porque, además, Toni no tenía niñera y nunca está de más hacerle una obra de caridad a un niño, sobre todo si el niño era tan guapo, eso decía mi madre. A Elena también le parecía Toni muy guapo.

Un día ya no pude más y se lo pregunté:

—¿Más guapo que yo?

—Bueno..., otro estilo —dijo Elena, saliéndose por la tangente, como mi madre decía cada dos por tres, aunque una vez le pregunté qué eran la tangente y ella cogió un respingo en vinagre, como decía Antonia, y me dijo, ay, niño, no te pongas repipi, yo qué sé.

Doña Ángela, al principio, se resistió mucho a que Toni fuera a casa o saliera con nosotros, era como si le diese ver-

güenza no tener niñera. La verdad es que el primero que se lo pidió fui yo. A mí me daba un poco de coraje ver a Toni allí tan solo, cada vez que íbamos al almacén, con doña Ángela siempre con cara de estar en el purgatorio, despachando como si eso fuera una mortificación. Y, además, aunque no estuviera dispuesto a reconocerlo ni bajo secreto de confesión, para que no se subiera él a la parra, a mí también me pareció Toni muy guapo en cuanto le vi, guapo en su estilo, Elena tenía razón: muy moreno, muy serio, muy tranquilo, más bajo pero más fuerte que yo, y con aquellos ojos que me parecieron muy oscuros pero que no lo eran tanto, eran también verdes, pero no como los míos, que eran como de gato, sino de color aceituna, como dijo Antonia en cuanto los vio a la luz del día. Él enseguida dijo que sí, que quería venir con nosotros, que además los tres estudiábamos el mismo curso y podíamos hacer juntos los deberes, y le preguntó a su madre que si podía. La madre nunca dejó de poner muchas pegas, por eso Elena y yo le pedimos a Eulogio Ríos que fuera él en persona a pedirle permiso a doña Ángela para que dejase a Toni ir a Malandar.

La punta de Malandar estaba en la otra banda, al otro lado de la desembocadura. Había que atravesar el río en barca, saliendo del puerto de la lonja, y navegar todo el tiempo posible en paralelo a la playa del coto hasta atracar junto a las dunas. Eulogio Ríos, el padre de Elena, se presentó para la excursión hecho un brazo de mar —aunque, en realidad, Eulogio Ríos siempre iba hecho un brazo de mar, según Antonia—, con pantalones cortos y camisa de color caqui, todo muy planchado, un pañuelo granate amarrado al cuello, como los aventureros de las películas, un cinturón de cuero con cartucheras, como los de los cazadores, pero más fino y elegante, unas alpargatas corrientes pero como nue-

vas, y una máquina de fotos buenísima que había comprado en uno de sus viajes a Madrid. Para Antonia, el padre de Elena era, con diferencia, el hombre más guapo de La Algaida.

—Pobre Carmen —decía mi madre cada vez que alguien comentaba lo guapo que era Eulogio Ríos.

Carmen era la madre de Elena. Para aquella excursión a Malandar, ella se había encargado de hacer los bocadillos y comprar las gaseosas, por eso Elena, que se había puesto un vestido celeste muy gracioso encima del bañador, llevaba la bolsa de la merienda. Toni llevaba una bolsa de papel de estraza con una tartera con su propia merienda y el bañador. Yo no llevaba nada.

En el puerto de la lonja nos esperaba Salvador, el dueño de la barca *Mi Carmiti*, muy amigote de Eulogio Ríos, aunque Antonia decía que a don Eulogio no le pegaba nada tener un amigote como aquel y mi madre estaba completamente de acuerdo. Salvador se dedicaba a llevar a gente en *Mi Carmiti* a la otra banda, y tenía sus horarios para ir y para volver, pero con el padre de Elena hacía excepciones y estaba a su disposición a la hora que don Eulogio decidiera. Aquel jueves salimos del puerto de la lonja a las cuatro de la tarde y Salvador quedó en recogerlos para la vuelta a las ocho.

Mi Carmiti era una barca grande en la que cabían hasta diez personas y tenía un motor que hacía casi tanto ruido como los helicópteros de la base de Rota que a veces volaban muy bajo por toda la desembocadura, como gaviotas verdosas y gigantes que estuvieran a punto de caer en picado sobre el agua para pescar algo y levantar enseguida el vuelo. Salvador era fuerte y calvo, parecía de Fernando Poo —según Elena, que presumía mucho de saber más geografía que nadie— de lo moreno que estaba, le daba muchos

manotazos en la espalda, y a veces en el culo, a Eulogio Ríos y manejaba el timón de su barca y trasteaba de vez en cuando en su motor con mucha soltura y seguridad, como si fuera el capitán de un mercante acostumbrado a navegar por los Mares del Sur, un sitio que salía mucho en las historias de piratas. Aquel día, las aguas estaban tranquilas porque soplabá un poco de levante y había empezado a bajar la marea, y no tardamos ni media hora en llegar a la parte de la playa de la otra banda donde empezaban las dunas de Malandar. A aquella hora, con el sol dándoles todavía de lleno, las dunas parecían bizcotelas montadas unas sobre otras y con el merengue un poquito mezclado con vainilla. Eso se me ocurrió a mí solo, sin ponerme a presumir de nada.

En la punta de Malandar no había nadie. Habíamos visto a algunas personas, muy pocas, en la playa de la otra orilla, tomando el sol o jugando a la paleta, pero como la gente es muy floja prefería no andar por la arena seca hasta Malandar o no le querían pagar a Salvador lo que cobraba por dejarlos donde nos dejó a nosotros. Salvador nos ayudó a bajar de la barca a todos y de Eulogio se despidió con una palmada en el culo. La verdad es que al padre de Elena, tan maqueado y tan planchado él, no le pegaban nada aquellas confianzas.

—Nada de ponerse todavía el bañador, que el sol está aún demasiado fuerte y no quiero que terminéis como salomonetes —dijo Eulogio Ríos.

Toni no le hizo ni caso. Se apartó un poco, se sacó la camisa del pantalón para que le cubriera hasta los muslos, se volvió de espaldas a nosotros, se quitó las chancletas y el pantalón con los calzoncillos con toda la tranquilidad del mundo, sacó el bañador que llevaba en la bolsa de papel de estraza, enseñó un poco el culo al agacharse,

y se puso aquel meyba descolorido que cualquiera diría que había heredado de su padre, de lo despegado y grande que le quedaba.

—Toni —dijo Eulogio Ríos, poniendo voz de abogado de bodegas Osborne, que es lo que era—, aquí esta tarde se hace lo que yo diga, ¿queda claro? O te tiro al agua y te vas nadando hasta donde llegues.

Toni se puso a doblar el pantalón con mucho miramiento y, antes de meterlo en la bolsa de papel de estraza, levantó la cabeza, miró a la cara, muy serio, al padre de Elena, y dijo:

—Mi madre me ha dicho que tenga cuidado con no llenar los pantalones de arena y, sobre todo, con no mancharlos de alquitrán. Yo no tengo un armario lleno de pantalones, como usted.

El padre de Elena no dijo ni palabra.

Toni siempre trataba de usted a los padres de Elena y a los míos. A veces incluso trataba de usted a Antonia, que solo tenía veinte años pero nunca hacía nada por corregirle. Rocío se lo tomaba con más guasa y, cuando a Toni se le escapaba tratarla de usted, ella, muy chuflona, decía, eso, y ahora me hace usted una reverencia. A mí me sonaba raro que Toni llamara de usted a todas las personas mayores, hasta que me di cuenta de que su madre, doña Ángela, hacía lo mismo, y a veces hasta nos trataba de usted a Elena y a mí.

Eulogio Ríos se puso a trastear con aquella buenísima cámara de fotos que se había comprado en Madrid y enseguida empezó a hacer fotografías, apuntando para todas partes y con muchas posturitas, como si estuviera nervioso y quisiera disimular por no haber sabido contestarle a Toni.

Elena, Toni y yo empezamos a subir por las dunas. Yo miraba con mucho cuidado para no pisar ninguna man-

cha de alquitrán, porque luego era un engorro con alevosía —como decía Antonia, que se pasaba la vida leyendo aquel periódico lleno de asesinatos que se llamaba *El Caso*— limpiar las sandalias o las plantas de los pies, que no había manera, ni con aceite ni con aguarrás rebajado, tanto que a veces había que tirar las sandalias, pero, claro, no te iban a cortar los pies y tirarlos, ni tampoco era plan tirar unos pantalones, por eso yo entendía a las mil maravillas la preocupación de doña Ángela. La playa de El Espadero, muchos días, estaba llena de pegotones de alquitrán, de la porquería que soltaban algunos barcos, pero en las dunas de Malandar no había ninguno. Parecía que las dunas de Malandar estaban recién hechas.

Yo me habría pasado un día entero en aquellas dunas, y eso que tampoco es que fueran el sitio más entretenido del mundo. No había nadie, aparte de nosotros, ni pasaba nada, solo a veces el levante flojito movía un poco la arena. Pero allí se sentía uno como si pudiera empezar a vivir de nuevo.

Nos sentamos en la arena y Elena dijo:

—Es bonito.

—No —dijo Toni—, es otra cosa. Es como para vivir aquí toda la vida.

Yo no dije nada, porque Toni lo había dicho por mí. Así que me puse a dibujar con los dedos caras de mujeres en la arena, que todo el mundo decía que me salían muy bien, y también mujeres de cuerpo entero con vestidos que a mí me parecían muy elegantes, como los figurines de las revistas de moda, sobre todo una que se llamaba *Gran Mundo* y que a veces compraba mi madre, y Antonia y Rocío acababan desgastando de tanto mirarlas y remirlas. Toni se puso a pintar lo que, según él, era un tanque, aunque a mí me parecía un bizcocho con un cuerno. Elena solo

pintaba margaritas, más grandes o más chicas, pero todas iguales, claro.

Al cabo de un rato, Elena preguntó:

—Hasta aquí no llegan los ciervos, ¿verdad?

—Supongo que sí —contestó Toni—. Y jabalíes. ¿No bajan a la playa a veces y hasta llegan a la orilla a beber agua?

Eso era cierto, o al menos eso fue lo que contó en la barca Salvador, mientras íbamos navegando en paralelo a la otra banda. Elena había dicho que menudo susto se llevaría aquella gente que iba a la otra banda a tomar el sol si aparecía de pronto un ciervo con una cornamenta enorme, o una manada de jabalíes, de modo que me quedó claro, y seguro que a Toni también, que a Elena no le hacía ni pizca de gracia la idea de vivir allí toda la vida y que los ciervos y los jabalíes o a saber qué otros bichos salieran un día sí y otro también de los pinares del coto y se quedaran por allí todo el tiempo que quisieran. Y eso que Salvador había dicho que no había ningún peligro, que todos aquellos animales eran pacíficos si no se los provocaba, pero había que ser más tonto que un gazpacho sin pepino, como decía Antonia, para no darse cuenta de que Elena no estaba nada convencida.

—Bueno —dijo Toni—, si a ti te da miedo, nos venimos a vivir aquí toda la vida solos Ernesto y yo.

—Y un mojón con alcauciles —protestó ella. Eso era algo que Rocío, su niñera, decía mucho cuando quería decir que nanay.

Entonces me di cuenta de que el levante se había calmado del todo y allí, en medio de las dunas, al solazo, hacía mucho calor. Menos mal que de pronto el padre de Elena, al que habíamos perdido de vista mientras hacía fotos sin parar, empezó a llamarnos a gritos. Nos levantamos y nos

fuimos a buscarlo, entre otras cosas porque él se había quedado con la bolsa de la merienda que había preparado la madre de Elena; Toni, en cambio, se había empeñado en llevar él su bolsa de papel de estraza todo el tiempo. Cuando vimos a Eulogio Ríos, estaba en la parte baja de las dunas, seguro que no había subido ni dos pasos. Nos llamó para que nos acercáramos.

—Venga —dijo—, voy a haceros a los tres una foto.

Se puso a mirar alrededor y señaló un cartel que había por allí.

—Aquí —dijo—, al lado de este cartel.

El cartel era en realidad un tablón clavado en un palo pintado de verde y bien hundido en la arena. En el tablón, en letras también verdes, ponía: «Prohibido acampar, montar sombreros o cabañas, pernoctar, hacer fuego, evacuar y dejar desperdicios de cualquier clase». Lo recuerdo bien porque aquella fue la foto de nosotros tres que, al cabo de los años, a mí, con las prisas, casi se me olvida meter en la maleta que me llevé la noche que cogí el tren para irme a Madrid a estudiar y a comerme el mundo. La foto la tengo enmarcada en mi mesa de trabajo y la miro todos los días.

En la foto estamos, a un lado del cartel, muy tiesos, muy serios, sin rozarnos, Toni y yo. Al otro lado, Elena, con aquel vestido celeste tan gracioso, tiene pose de señorita de anuncio publicitario y sonríe como si estuviera anunciando una pasta de dientes, sin echarle cuenta a nada ni a nadie, solo a su dentadura.

Después de hacernos la foto, los tres dijimos que ya era hora de merendar allí mismo, a pesar del calor.

—Es mejor que os deis antes un baño —dijo el padre de Elena—. Así os refrescáis un poco y, de paso, metéis en el agua las gaseosas, que si no van a parecer un purgante.

Fue meternos los tres en el agua y cambiar el viento.

—Poniente —dijo el padre de Elena desde la orilla—. Eso es que ha empezado a subir la marea.

En la playa de El Espadero, cuando había bajamar completa, el agua se retiraba casi del todo y solo quedaba la arena mojada y, al fondo, cerca ya del canal por donde pasaban los barcos, una tira verdosa o marrón, a veces con un poco de espuma. Tratar de llegar hasta allí era tonto, porque había que andar una eternidad y, encima, si llegabas, el agua apenas cubría hasta los tobillos. Pero en Malandar la bajamar no se notaba apenas y uno podía bañarse con el agua hasta la cintura. Así que nos quedamos en el agua un buen rato, porque estaba fresquita y transparente todavía gracias al levante, y jugábamos con las botellas de gaseosa para que se refrescaran un poco, y el padre de Elena no paró en todo momento de hacer fotos, sobre todo a Elena, que estaba monísima con aquel bañador azul celeste que llevaba puesto debajo del vestido azul celeste.

—Señorita celeste —dijo de pronto su padre—, ya se ha remojado usted bastante y empieza a hacer fresco. ¡A mendar!

El padre de Elena tenía razón. El poniente había empezado a soplar cada vez más fuerte y levantaba olas mientras el mar se iba enturbiando como si hubieran empezado a echarle paletadas de arena. Eulogio Ríos dio las instrucciones para que Toni y yo sacáramos y extendiéramos el mantel de hule que la pobre Carmen, como decía siempre mi madre, había metido en la bolsa de la merienda, y Elena se hizo cargo de la fiambreira con emparedados de mantequilla y jamón de York, que era lo último y se compraba solo en dos almacenes de La Algaida que lo traían de la Base. Toni se comió su bocadillo de mortadela y nos convidó a todos a chocolate con leche Elgorriaga, su madre le había puesto una tableta de las grandes. Yo le pedí que me

diera un poco de su bocadillo, porque me gustaba mucho más la mortadela que el jamón de York, y él no quiso probar nuestros emparedados porque dijo que el jamón de York era comida de cursis y, además, no le sabía a nada. A mí, tampoco. Por eso mi madre compraba siempre mortadela, ella decía que por darle gusto a los niños, y jamón de York solo cuando Eulogio Ríos y la pobre Carmen iban a casa a merendar.

La gaseosa estaba templada, y el padre de Elena la escupió con muchos aspavientos nada más probarla. Menos mal que vimos venir la barca *Mi Carmiti* navegando en paralelo a la costa y Eulogio Ríos dijo:

—Qué bien, ahí viene ya Salvador. Así volvemos antes y me puedo beber en el puerto una caña fresquita.

Pero Salvador no venía para que volviéramos antes, sino para quedarse un rato con nosotros. Cuando Eulogio Ríos, después de dejarse dar un manotazo en el culo, le dijo que no se pusiera tierno, que él se moría de sed, que se moría de ganas de tomarse una cervecita, Salvador le contestó que ya había pensado en todo y que en aquel cubo lleno de hielo que había bajado de la barca traía unos botellines Cruzcampo, una gaseosa también fresquita para los niños y, por si acaso, una botella helada de manzanilla Barbiana y sus correspondientes catavinos. En aquel momento, a Eulogio Ríos se le quitaron las prisas y pasó de las Cruzcampo y empezó directamente con la manzanilla y a devorar emparedados sin engoñiparse.

Casi se nos hace de noche. Cuando recogimos para subir a la barca, parecía que las dunas estaban a punto de arder. El cielo se había ido poniendo rojo, naranja, azul claro, azul oscuro, dorado. Las dunas, desde donde nosotros las mirábamos, se habían ido oscureciendo como si las estuvieran cubriendo con un cobertor gris para protegerlas, hasta

que aquellos resplandores de color fuego empezaron a asomar por encima de la arena como si subieran desde el mar en llamas. Eulogio Ríos sacaba fotos como un descosido. Toni miraba muy serio, conteniendo la respiración, aquel incendio del cielo que parecía que fuera a encenderlo todo. Antes de recoger el hule, la fiambra, los desperdicios, para no dejar ni rastro, Toni miró las dunas de arriba abajo, de un lado a otro, y dijo:

—Aquí nos vamos a hacer una cabaña.

—Está prohibido —dije yo, para advertirle de que no iba a ser tan fácil.

Toni entonces solo dijo, muy decidido:

—Ya dejará de estarlo.